

PIROCROMO

Revista estudiantil

Número 35 / Agosto - Diciembre 2026

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



DIRECTORIO

Dra. Sandra Yesenia Pinzón Castro

Rectora

Dra. Blanca Elena Sanz Martín

Decana del Centro de las Artes y la Cultura

Dra. María Antonia Montes González

Jefa del Departamento de Letras

Dr. Ismael Manuel Rodríguez Herrera

Director General de Difusión y Vinculación

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

Jefe del Departamento Editorial

Mtra. Adriana Marmolejo Soto

Coordinadora de las Revistas para la Licenciatura en Letras Hispánicas



Imagen de portada:

ICTIÓPOLIS

Samanta Macías

PIROCROMO

Editor:

Saúl Abraham Morales Piña

Editor adjunto:

Itzel Román Álvarez

Consejo editorial:

Danna Paulette del Río Guillén

Oscar Serrano Martín del Campo

Eselli Gabriela Herrera Hernández

Daniela Montserrat Rivera Valadez

María Alejandra Mendoza González

Rebeca Valeria Rodríguez Bonilla

Verónica Hernández Núñez

Diseño gráfico:

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

Maquetación:

Louisa Fernanda Pérez Salas

Contacto

revistapirocromo@gmail.com

<https://revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo>

Facebook: @pirocromo

TikTok: @revistapirocromo

Instagram: @revistapirocromo

Núm. 35 (2026): Vida Urbana

PIROCROMO es una publicación semestral editada por la Universidad Autónoma de Aguascalientes a través del Centro de las Artes y la Cultura y el Departamento de Letras. Avenida Universidad No. 940, Edificio 214, piso 2, Ciudad Universitaria, C.P. 20131, Aguascalientes, Ags., Tel. (449)9107400, ext. 58205, <https://revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo>, revistapirocromo@gmail.com Editora responsable: Adriana Marmolejo Soto. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2022-042710220900-102. e-ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título y contenido en trámite ante la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por los Talleres de Procesos Gráficos del Departamento Editorial de la Dirección General de Difusión y Vinculación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, Módulo 127, Ciudad Universitaria Aguascalientes, Ags., este número se terminó de imprimir en junio de 2026 con un tiraje de 250 ejemplares. Distribución gratuita.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del comité encargado de la publicación.

ÍNDICE

Editorial

3

Dossier Urbano

> NARRATIVA

Rebeca, la galga

Alejandro Miguel

24

La ciudad de mi vida

Santiago Orozco Santana

33

La pérdida del tiempo

Alberto López Sánchez

18

Sanpaaanchopabellón

Banesidiana

10

> POESÍA

La masa

Jorge André Toledo Palomeque

16

EL BARRIO COMO CIENCIA

Robert Abraham

35

Mirador Neptuno

Joshua Restovich Osorio

17

Algún espíritu

Jorge André Toledo Palomeque

23

Échale ganas, hija

Navegante Celeste

12

La serpiente

Jorge André Toledo Palomeque

26

> ENSAYO

200 kilómetros por hora

Alejandro Miguel

22

Y no pudo parar de ordenar el mundo

Victoria Castañeda Lizalde

28

> DRAMATURGIA

Bipolar [fragmento]

Adrián Cabrera Gómez

05

> OTRAS CREACIONES

Los dos monjes que no hablaban

Alejandro Miguel

38

> COLABORACIONES GRÁFICAS

Y no pudo parar de ordenar el mundo

Victoria Castañeda Lizalde

32

Manual para el usuario

Mr. Pulp

21



EDITORIAL

La gente, la multitud aglutinándose, el reloj corriendo, los taxis pitando, los camiones a reventar, y tú estás ahí, en medio, tratando de sobrevivir, o de vivir (dependiendo de si tomas 2 camiones para llegar a tu trabajo, o de si haces 20 minutos en tu carro), y sabes que llegarás tarde, que el tráfico es inmenso, tan inmenso como los edificios que observas, mientras caminas por las calles de tu barrio, de tu hogar. Un lugar que es tuyo como de cualquier otrx. Pero un lugar que no todxs se dan la oportunidad de entender.

Miras a tu alrededor, y los gritos, la prisa, te obligan a caminar, a moverte, a ser alguien, a ser todo, a hablar, a no hablar en lo absoluto. Miras tu taquería favorita, miras al perro que es cuidado por toda la colonia y que tiene tantos nombres que a penas y puedes memorizar, tratas de recordarlos uno por uno: Juanito, Gordo, Pelusa, Firulais, El Negro, etc., etc.

Piensas que estas son las calles que te vieron nacer.

Vida urbana es un número que pretende darle voz a la cotidianidad, que busca escuchar al barrio, a la gente, busca entender qué se siente vivir un mundo así; urbano. Lleno de gente y de poco tiempo, pero con la necesidad de hacer muchas, muchas cosas. Un mundo en el que existes y vives, un mundo en el que debes hablar, en el que quieres opinar, pero también un mundo en el que muchas veces jamás se te escuchará.

En esta edición presentamos a nuestras lectoras y lectores un espacio en el que encontrarán un sinfín de experiencias que relatan cómo es vivir en la ciudad, y más importante aún, es un espacio que sirve para escuchar a todas aquellas voces que han sido segregadas, a

aquellas voces que vienen del barrio, a aquellas voces que no todxs quieren escuchar, porque no muchas personas han pensado todavía que El barrio es ciencia, y que, para conocerlo, hay que prestar atención, mucha, mucha atención.

La editora adjunta



BIPOLAR [FRAGMENTO]

Adrián Cabrera Gómez

Escritor y teatrero

O, tras una larga hibernación, un corto pero trascendente periodo de *hiperacción*... también conocido como: ¡Teatro!

2.

Entra Yo vestido de oso bipolar mitad negro, mitad blanco. Corre en su sitio.
Ciudad de México, sábado 5 de agosto de 2023, 6:33 p. m.

Después de cinco años de estudiar en el Colegio de Literatura Dramática y Teatro, de atender a cada jueves de treinta baros al Centro Cultural Universitario, el Teatro Santa Catalina, y el Centro Cultural del Bosque, olvido que los sábados las obras no empiezan a las ocho, sino a las siete...

Miro mi reloj: 6:34 p. m. Y sigo corriendo.

Eso pasa cuando dejas de hacer algo por mucho tiempo.

Te olvidas. Lo olvidas.

Te olvidas de ello; y con ello también olvidas una parte de ti.

(Se detiene)

Me entristece pensar que, a pesar del amor que le tengas a algo, uno puede llegar a olvidarlo.

Me entristece la posibilidad de que un día de estos olvide cómo hacer teatro.

(Corre)

Tengo que estar a las 7:00 p. m. en el Teatro Orientación, también conocido como el Luisa Josefina Hernández, en el CCB, también conocido como Centro Cultural del Bosque. El único centro cultural que queda relativamente cerca de Azcapotzalco, de tres a siete estaciones del metro.

En mi caso, cinco. Abordo en Camarones. *(Pasa de lado...)*
Un torniquete.

Bajo corriendo las escaleras y justo en ese momento, como si hubiera estado esperándome, el metro emite su característico pitido.

PIROCROMIO

5

Vida Ursana #35

Corro lo más rápido que puedo.

Apenas ingreso en el vagón, las puertas se cierran detrás de mí.

Me siento Indiana Jones.

Nunca he visto Indiana Jones, pero sé que en momentos como este, cuando logras entrar de chiripa a algún lugar, lo natural es sentirse como Indiana Jones.

Cuando llegamos a Tacuba me agacho, porque hace unos meses le escupí a un policía en esta estación.

Me entristece tener que ocultarme en un lugar donde he vivido toda mi vida.

Toda mi vida he vivido aquí, en Azcapotzalco.

En realidad, he vivido en muchos lugares: Tepito, Xalapa, Toluca...

Pero siempre acabo volviendo a aquí: Azcapotzalco.

El lugar donde nací.

El metro deja la estación Tacuba. Pero, apenas me levanto, cruzo miradas con el policía que de inmediato me pinta el dedo...

Hago lo mismo, pero con estilo, de manera jocosa, como si mi mano fuera un juguete de cuerda y el dedo de en medio el payaso que de a poco se despliega de su interior.

Soy chintololo, que es el gentilicio de los Azcapotzalqueños.

Azcapotzalco quiere decir: lugar de hormigas.

Chintololo quiere decir: trasero de hormiga.

No porque haya muchas hormigas culonas en el sitio, sino porque los chintololos somos conocidos por nuestros buenos glúteos, rechonchos y redondos, como de hormiga.

(Se da la vuelta y agita su colita de oso)

Esto se los cuento porque estoy nervioso, pero también porque siempre es buen momento para presumir de una buena pompa, siempre y cuando esa pompa sea tuya.

Reviso el programa de pata que me dio mi amiga, de cuyas pompas evidentemente no voy a hablar, y caigo en cuenta de que no sólo el CCB, alias Centro Cultural del Bosque, o el Teatro Orientación, alias Luisa Josefina Hernández, tienen otros nombres.

También la obra en cuestión se llama Zurdo..., o Un vuelo.

Dato curioso: los osos no vuelan, pero pueden correr tan rápido como los caballos.

Las puertas del metro se abren en Auditorio, y yo corro, casi que vuelo.

Mi pata zurda adelanta a la diestra..., y viceversa.

Mi brazo derecho rebasa al izquierdo..., y viceversa.
Incluso el vaivén de mi nalga izquierda sigue a la derecha..., y viceversa.
Una y otra vez compito contra mí mismo.

Y mientras subo las escaleras sucede:

(Se congela)

Ese momento que te parece una metáfora de tu situación.

Y no me refiero exclusivamente al hecho de ir tarde a algún sitio, sino a eso de competir contra el tiempo, contra el mundo... pero sobre todo, contra uno mismo.

A ese sentimiento perenne de llegar tarde a tu propia vida, de no estar en el lugar correcto.

Ocurre siempre sin previo aviso, en el peor momento:

Ese segundo en el que, si esto fuera una película, la imagen se congelaría conmigo subiendo las escaleras, el sudor escurriendo por mi rostro, mientras una voz en off, mi voz en off, completamente calmada, antípoda de la situación, pronuncia:

(Voz en off:) Sí, ese soy yo. Quizá se pregunten cómo llegué aquí.

Yo, sí, tres minutos antes de que empiece la función... pero también ustedes, aquí y ahora, en este momento en el que al ver un oso contándoles su historia, se preguntan lo mismo:

“¿Cómo chingados llegué aquí?”

Y por consiguiente: “¿debería estar en otra parte?”

“¿Acaso estoy en el lugar correcto?”

Pero eso es lo mágico del teatro; que nos interpela, que nos interpreta, y si yo me pregunto...

(Voz en off:) ¿Cómo chingados llegué aquí?... una parte de ustedes también lo hace.

Porque, en el fondo, todos queremos saber si estamos en el lugar correcto, o si sería mejor dar media vuelta y salir corriendo.

Y, sin embargo, aun esa pregunta también es capciosa, porque, ¿quién entre todos los humanos sabe realmente dónde comienza una historia?

(Se congela)

Yo podría congelarme en este segundo, subiendo las escaleras, con el sudor escurriendo por mi rostro, mientras mi voz en off, completamente calmada, antípoda de la situación, profiere:

(Voz en off:) ¿Se preguntan cómo llegué aquí?

(En el fondo se proyectan las siguientes imágenes:)

Y mostrarles fotografías de aquella primavera, hace 66 millones de

años, cuando un meteorito de doce kilómetros se estampó contra la península de Yucatán, extinguiendo al 75% de las especies que en ese entonces poblaban la tierra, incluidos los dinosaurios, dando inicio a un largo y oneroso proceso evolutivo que, tras varios intentos fallidos, desembocaría en... en...

Esto:

Transporte subterráneo. Escaleras eléctricas.

Publicidad privada.

Pesticidas orgánicos.

Leche condensada.

Leche envasada.

Leche evaporada.

Leche vegana.

Leche de almendras con sus diminutas ubres de frutos secos.

Electrodomésticos de alta gama.

Taylor Swift.

La huella de carbono de los millonarios.

Mis botas que de tan gastadas ya no dejan huella.

Tiempos compartidos en el caribe.

Una soledad generalizada en tiempos de hiperconectividad.

La licuachela.

La licuachela de alta gama.

La casa de Toño. Su competencia directa: La casa de los abuelos.

La de los famosos.

La casa que nunca podré comprarme.

La crisis de vivienda en ciudad de México y, a la par,

la colonización de Marte.

Las últimas palabras de una sonda espacial.

La humanidad, pues, con todos sus pros y sus contras,

y, entre todos los humanos, yo, tratando de llegar a una obra de teatro.

Aunque también podría detenerme en esta imagen, y que la voz en off dijera...

¿Se preguntan cómo chingados llegué aquí?

Y, a continuación, cantarles ese fragmento de Jorge Drexler que dice:

(Suena El plan maestro y canta:)

Corría la Era del Mesoproterozoico

cuando aquella célula visionaria

en un acto inaudito, tirando a heroico

tuvo una idea revolucionaria:

cansada ya de dividirse sola vio con buenos ojos a otra célula vecina.
Decidió mezclarse, aprendió a reírse,
y nació aquella historia del huevo y de la gallina.
Dato curioso: las gallinas descienden del T-Rex, por lo que el primer dato verídico, verídico, tampoco era: el meteorito no extinguió a los dinosaurios.
Los hizo chiquitos.
Esta ciudad suele tener el mismo efecto en sus habitantes. Pero, para el caso, la voz en off también podría decir:
(Voz en off:) ¿Se preguntan cómo llegué aquí?
(En el fondo se proyectan las siguientes imágenes:)
Y a continuación mostrarles fotos de mi tataratataratata abuelo preguntándose, como todos nosotros, si está en el lugar correcto, respondiéndose que no, y migrando de una costa de Asia hacia Ciudad de México.
Porque, repito, ¿quién en esta inmensa ciudad sabe realmente dónde comienza una historia?
(...)



Sanpaaanchopabellón

Banesidiana
Universidad de las Artes

Primero el arpegio a lo lejos: “me levanté antes que el cielo hoy, / y la ciudad se enciende lento, flor de neón, / me levanté antes que el cielo hoy, / y la ciudad se enciende lento”. La voz afloje-rada del vocalista de los *Diles que no me maten* sale por la bocina de mi teléfono a las 7:00 de la mañana (*Diles que no me maten*, 2023, 0:09 -0:31). Fue así por casi dos meses, mientras me acostumbraba a la idea (y ejecución) de viajar una hora y usar un tercio de mi sueldo en los pasajes diarios. Pagar para trabajar, trabajar para pagar. Me levantaba de la cama con los mismos ánimos que con los que me acostaba; pre-paraba un lonche insípido con las manos aún modorras, olvidando que hay veces en las que mi mamá guarda las sobras de la comida del día anterior. Me he preparado como puedo desde entonces y, al salir de mi casa, procuro ver las vías, líneas paralelas sobre las que avanzan vago-nes que suenan a gritos de partido futbolero. Están llenos de migrantes.

“Y la calle que me va contando enseñanzas del viejo sol, / y trato de no distraerme, trato de poner a-ten-ción” (0:33 -0:43). La calle en línea recta me hace elegir entre banquetas sombreadas y perros enojados; entre el sonido de una casa de quienes aún duermen o los canarios enjaulados; entre personas que agachan la mirada para evitar un saludo que pueden ahorrarse porque, al fin y al cabo, no nos caemos tan bien.

“Y dormido, casi ciego, soñando buscando luz, / espero el autobús. / Y dormido, casi ciego, soñando buscando luz, / espero el autobús” (*Diles que no me maten*, 2023, 0:51 -1:18). Cada que llego a la parada, veo a las mismas personas, pero siempre nos somos ajenos; me pregunto cuál es su nombre y a dónde van, me pregunto si se pre-guntan lo mismo de mí. El único que lo hace (y lo sé con certeza) es el chofer risueño de la combi San José-San Pancho, pero a él no lo veo tanto. Así, comparto con quién sabe cuánta gente, y me la paso escu-chando (y leyendo) conversaciones ajenas, desde el señor que le decía

PIROCROMO

10

#35 Vima Uesana

a no sé quién lo mucho que disfrutaba de sus pláticas, las peleas entre esposos y lo rápido que se pueden contentar, o la muchacha a la que se le murió su perrito ayer. “Y los rostros que me cuentan de silencios que no soy / el único sosteniendo una ilusión. / Y los rostros que me cuentan de silencios que no soy / el único, / el único” (Diles que no me maten, 2023, 1:22 -1:46).

“Y de golpe es que me paro, el subterráneo aún no abrió / y miro morras, muertos y fútbol, / en el periódico de hoy, / en el periódico hoy” (Diles que no me maten, 2023, 2:03 -2:25). En mi camino pensaba en las cosas que aprendería saliendo de la megalópolis en la que vivo, vulgarmente llamada San Pancho, entregándome al transporte público, a las rutas camioneras que mi mamá me enseñó a usar desde niña, pero no usé sola hasta los dieciocho años. La 1, rugiendo y desarmándose en cuanto comienza la marcha; la 3, chimuela porque le faltan dos asientos, y (la gente) nos metemos en el hueco que han dejado a falta de aire en el pasillo; la ruta 5, en la que puedes ver el camino terroso recorrido a través del agujero del que sale la palanca de velocidades, así como su icónico motor que se apaga cada cuatro paradas. Pero también puedo tomar la ruta 34, esa tiene dos televisiones, ¿ya viste? Pasan horóscopos y recetas todo el día.

Y entre las combis, los camiones, el trabajo, la terapia, el novio y el dinero, me pierdo entre la gente del centro, así en minúsculas porque está rechiquito. Entre el golpe de las cortinas de los negocios contra el suelo, el rechinido del tráfico y los contenedores emanando olores agrídulces, la guerra silenciosa entre los rotuladores que dicen Palenque Xóchitl Natanael; las muchachas poniéndose guapas color carmín, el *all we need is love* (un chico con una pista de Canserbero de fondo) y los besos apresurados en las paradas de camión. “Y trato de no distraerme trato, de poner atención, / la gente es rara y somos gente, / la gente es rara y somos gente” (Diles que no me maten, 2023, 2:27 - 2:42).

Diles que no me maten. (2023). (Radio Sonora Edit) [Canción]. En *Obrigaggi*. YouTube. <https://youtu.be/vlXLkyasqok?si=seDsSP0M-fa7hi82G>



ÉCHALE GANAS, MIJA

Navegante Celeste

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

Ironía.
Ironía cuando no entiendes de dónde vienes,
pero quieres creer que llegarás a donde nadie ha podido llegar.
Y te reclamas, pero lo anhelas,
y lo deseas, pero te mueres.
Te mueres en un mundo de risas,
y color,
y pasión.
Te mueres en el picante de tu comida,
en el humo del camión,
que ya te dejó,
y allí, varada en la calle,
quieres una vida mejor.
Y piensas que el blanco te dará lo que no tienes,
que el dinero te dará la vida que tanto quieres,
y lo hará.
El dinero de un blanco te dará lo que no tienes,
pero no eres hombre,
y no eres blanca,
y vives donde no hay luces en la noche,
y sabes,
que cuando la basura se acumula,
es porque tu barrio ya no importa.
Porque nunca
nunca,
importó.
Ni tú, ni la gente que llamas hogar,
ni la gente que llamas pueblo,
ni las banquetas que pisas a diario,
ni los camiones que tomas dos horas,

PIROCROMO

12

#35 Viena Urbana

ni la doña de la esquina,
con su abarrotes,
ni la doña de los tamales,
que no puede tener mejor vida que la que tiene.
Ironía,
porque piensas,
que el blanco “salvador”,
quiere conocer tu vida,
y comer tu comida,
y pasear por las calles,
que tú llamas hogar.
Ironía, porque ese blanco “salvador”,
no conoce tu barrio,
ni la gente rota,
que habita en él,
no conoce el miedo,
pero tampoco la dicha,
de conseguir tres tipos,
y cargar juntos un colchón,
por media avenida,
y luego pedir ayuda,
para subir ese colchón,
por tres pisos de escaleras.
Porque solo tú conoces las calles que pisas,
y solo tú conoces la gente que habita allí,
contigo.
Porque solo tú lo sabes,
porque solo tú conoces a don Rubén, el de la tienda,
que te platica de su vida,
de sus hijas,
de sus amores,
de sus equivocaciones.
Porque solo tú conoces al Firulais,
y cada mañana le das de comer.
Ironía.
Porque deseas un mundo mejor,
o una vida mejor,
o una vivienda mejor,

pero amas estar allí,
amas vivir allí.
Si tan solo la vida fuera otra,
si tan sola tú fueras otra,
más guapa,
más rica
más blanca,
más delgada,
más todo.
Menos barrio.
Menos gente.
Menos comunidad.
Y te niegas a dejar eso,
a la gente que te hace ser quien eres,
te reúsas a olvidar la tierra,
las banquetas,
las lluvias,
la oscuridad,
la basura,
porque, al final,
eso eres tú, y tu gente, y tu barrio: basura.
Ironía.

Porque, aunque amas estar allí,
sabes que no durará,
sabes que solo algunxs tiene la bendición de descansar,
y tú solo sabes chingar,
y le chingas a la vida,
al trabajo,
al amor,
y

nunca

es

suficiente.

Pero, qué sabrás tú, ¿no?
¿Qué sabrás tú?
Que solo vienes de una calle,
que nadie llama mundo,
porque el mundo no es así,

moreno,
ruidoso,
mal hablado.
Y qué más da,
ya qué más da.
Ironía.
Porque te dueles,
escribiendo poemas,
que son basura,
que son locura.
Ironía,
porque escribes,
de un mundo que llamas hogar,
y de un hogar que jamás será mundo,
pero dime,
¿QUÉ MÁS DA?
Yo sé que tú sientes,
que puedes ganar,
y librar las batallas,
de tu pueblo en tempestad.
Y qué más da,
si este pueblo roto,
que tú llamas hogar,
estará allí para ti,
cuando el blanco,
a ti te quiera llevar.



La masa

Jorge André Toledo Palomeque

Lic. en Comunicación UCSG, 4º semestre

Va la multitud hacia delante, rampante
en su caminata,
descifra su fe al pisar lo que fue organismo,
se pregunta por qué no respira a tanta altura,
solamente logra escuchar su propio grito vertebrado
viboreando por el aire, como una pequeña locura,
para volver a sí.

Un sólo rostro se figura para toda la gente:
la confusión; el jazz de la mañana
volcando sobre todo con sus trucos y atajos,
rebotando en tempo encima de las láminas de zinc
y los techos del transporte y la gente es batuqueada
como versos en la lengua, por el tamborileo mecánico
en una carrera al trabajo.

La improvisación y la fuga de palabras de protesta,
parecen supervivencia, y la masa
parece tener mucho qué decir.



MIRADOR NEPTUNO

Joshua Restovich Osorio

Escritor y Biólogo en Universidad Diego Portales

Martes, la máscara llora.
lunes, llega la de temu.

asalto en el asfalto —protocolo Watchmen
no es simulacro, la chica esquiva los autos
y espera en la mitad de la avenida,

En esa esquina curva apalean al ladrón.

Vemos desde el castillo cómo el malhechor tropieza
y el peatonaje justiciero persigue,
mientras la chica sigue aferrada a la valla.

Logran llevarla a la vereda.
Vemos desde arriba, aún...

PIROCROMIO

17

Vida Urbana #35



La PÉRDIDA DEL TIEMPO

Alberto López Sánchez

Archivista, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Es una historia recurrente, pero no por ello menos molesta que cualquier otra. Hace más de una hora que salió del trabajo, junto con sus compañeros limpió toda la cocina, recogió sus cosas y se despidió, con la rapidez de aquel que quiere llegar a su casa para disfrutar de un muy merecido descanso. No es de menos, todo el día del tingo al tango: en la mañana la escuela y en la tarde el trabajo.

“Por fortuna —él pensaba— la parada del camión no se encuentra lejos del restaurante”. Son las 7:00 p. m., el servicio de camiones deja de estar activo aproximadamente a las ocho, eso si algún conductor enfadado no decide saltarse la ruta para llegar más temprano a su casa, a fin de cuentas, todos queremos descansar. Como sabe que en ocasiones hay que esperar, siempre lleva con él un libro. En esta ocasión había escogido *Hija de la Revolución* de John Reed, un libro corto que consiguió con muy buen descuento en una librería de usados, así que pensaba poder adelantarle entre la espera del camión y la llegada a su casa, una simple cuestión de adentrarse en la lectura.

Pasó el tiempo como las páginas. Comenzó a desesperarse al ver el reloj que ya marcaba las 8:25 p. m., a lo lejos no veía ni la más mínima parte de un camión, no se veían sus luces, el color azul de su exterior, ni a las personas con cara de enfado que están de pie en el pasillo. Pudo percatarse de que a su alrededor habían comenzado a llegar otras personas, no las había visto por estar metido en su libro: un viejo albañil que estaba recargado sobre una pared para evitar caerse por el sueño; una señora con su hijo en brazos, impaciente por llegar a su casa; y dos estudiantes de secundaria hablando a todo pulmón del nuevo episodio de *One piece*.

No podía concentrarse otra vez en la lectura, tanto la desesperación debido a la hora como el ruido de la conversación sobre los sombreros de paja lo hacía completamente inviable, así que de manera natural su mente comenzó a divagar sobre todo lo que podría estar haciendo en

su casa en ese momento. Quizás podría estar jugando con alguno de sus gatos, después de todo les había comprado nuevos juguetes, como ese dinosaurio de peluche que tanto les había gustado; también podría terminar de escribir esas cartas para su amiga, en las que revelaba solamente lo suficiente de sus sentimientos, esperando que con eso ella notara lo que su ausencia provocaba en él; o bien estaría escribiendo ese ensayo sobre la representación de la Guerra de Vietnam en las historietas norteamericanas, después de todo ya se había pasado semanas chutándose casi una treintena de números de The 'Nam de Doug Murray y leyendo bibliografía sobre estudios de la historieta.

Al final todo lo que pensaba se aglomeraba alrededor de un solo problema: el tiempo. Hacía falta un espacio para todo aquello que lo esperaba en su casa. Todos los seres humanos tenemos las horas de nuestras vidas contadas, pero no decidimos lo que hacemos con ellas, todo ese tiempo valiosísimo nos es arrebatado por cosas como esperar un camión. Él estaba seguro de que tanto el albañil como la madre con su hijo y los niños de secundaria tendrían cosas que hacer: descansar, convivir con su familia o hacer trabajos de la escuela, todo ello les era arrebatado por esperar un camión del que no se tiene certeza sobre su hora de llegada.

Volvió a mirar el reloj, las 8:45 p. m. Se levantó de la parada y comenzó a mirar hacia la parte más lejana que le permitía la oscuridad de la noche, veía las luces de algunos carros, pero no las de un camión. Comenzó de nuevo a desesperarse, en su mente contaba las opciones que tenía en caso de que no pasara el camión, pero estas eran nulas, no podía tomar un carro de plataforma porque llevaba contadito el dinero para su pasaje (la dura vida del estudiante trabajador), tampoco podía llegar caminando porque vivía hasta la otra punta de la ciudad y sabía que ciertas partes del trayecto eran peligrosas..., la situación se veía cada vez más difícil.

Pasaron los minutos, ya eran las 9:38 p. m. cuando de pronto, a lo lejos, vio la tan esperada ruta que lo llevaría a su casa. Era un camión de los nuevos, la parte exterior era brillante, y el conductor iba completamente protegido por una puerta de un plástico transparente. Rápidamente, todos los que estaban en la parada levantaron el brazo lo más que podían para que el chófer los viera y detuviera la unidad, a él se le figuraba que así deberían sentirse los heroicos rescates en las historias de aventuras, solamente que este caballero llevaba por armadura

un uniforme obligatorio compuesto por una camisa de vestir blanca con su pantalón negro, y su caballo tenía un logo de la Mercedes-Benz.

El chófer se detuvo justo enfrente de ellos, él dejó pasar primero a los niños y a la señora que iba con su hijo (nunca hay que perder los modales), luego hubo una breve charla con el señor para decidir quién subiría primero, cayendo la suerte a favor del cansado albañil. Había llegado su turno de subir, por fin podría llegar a su casa para realizar todas aquellas cosas que lo estaban esperando, por un momento bendijo al transporte público de su localidad, que era el vivo ejemplo del: “Mejor tarde que nunca”.

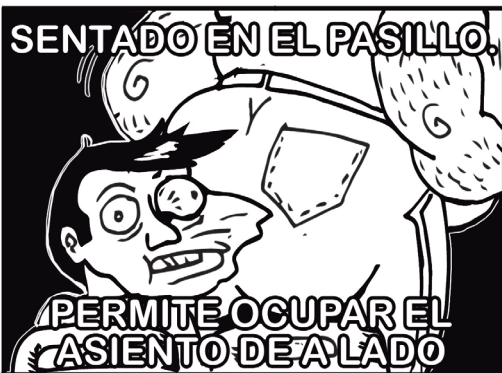
Extendió su mano hacia el chófer por encima de la puerta de plástico que lo cubría para entregarle su dinero, cuando de pronto este le dijo:

Sólo pago con tarjeta— mientras le señalaba la salida con una expresión de molestia.

Mr. Pulp presenta:

Manual de Uso del Transporte Urbano.

Las siguientes indicaciones deberán seguirse si pretende llegar sin problemas a su destino. Cuando suba al camión:





200 KILOMETROS POR HORA

Alejandro Miguel

Periodista y escritor

Darse cuenta lleva tiempo. Por ejemplo, darse cuenta de qué lugar ocupa uno en determinado espacio de tiempo. Los espacios de tiempo son raros, antes eran lentos, ahora son rápidos. Son un viento que no se puede detener con ninguna mano. Y uno no suele saber qué lugar ocupa en ese espacio de tiempo, porque necesita tiempos para darse cuenta de un montón de cosas. Por ejemplo, quién es uno en ese espacio o qué es ese espacio de tiempo. Uno necesita tiempo para entender. Y la condición de los que organizan las cosas ha ido corriendo hasta el límite de nuestro reloj. Nuestro reloj gira ahora a 200 kilómetros por hora, cuando antes andaba a 20. A 20 uno podía mirar el paisaje, a 200 kilómetros por hora uno simplemente mira nada más el camino por donde va, o sea, el hacia adelante en el camino, porque puede chocar con alguno de los costados de la realidad. Cuando iba a 20 uno miraba todo: los campos, las personas, las cosas, y entendía todo, pues al mirar uno entiende. A 200 kilómetros por hora de casualidad uno mira la ruta por donde transita. Así es, pues, la vida hoy; un camino desconocido recorrido a 200 kilómetros por hora, mientras los estímulos, o sea, las distracciones, van saltando por todos lados. Creo que cuando pase más tiempo y tengamos más tiempo de esto, vamos a saber de qué se trata y cómo manejarlo de manera sana, o dejar de andar y ponernos al costado del camino, a ver a los otros pasar, como hacían mis abuelos, que vivían pegados a la vía del tren, y cuando este llegaba, miraban a los pasajeros bajar y pasar frente a su casa, despacio, a dos o tres kilómetros por hora; esas eran velocidades más manejables.



algún espíritu

Jorge André Toledo Palomeque

Lic. en Comunicación UCSG, 4º semestre

Levantándose, sí, como fosfórico humo,
de las pompas sólidas, de piedra y tierra.

El aire tiende frío revolotea atormentado
con la solitaria memoria de la noche.

Hay un espíritu entre nosotros,
uno indecible, innombrable,
tan viejo como el miedo,
ataca tácito para volverse silencio y decirnos absolutamente nada,
dejándonos la vibrante sensación de la armonía
brotando del perpetuo encuentro entre vivir la memoria y vivir el instante.

Veo con los espejos de nuestras vidas y siento la pronunciación de voces.

En infrasonidos y destellos de luz nos implora desobedecer,
usar la contemplación y entender la rabia.

Salir del camino,
sin curso, ir hacia donde parece provenir todo lo dicho,
de dónde viene la música y los rostros desleídos.

Gorgotea el día a su manera habitual,
el dolor permanece y la gente sigue.



Rebeca, La galga

Alejandro Miguel

Periodista y Escritor

La galga era desordenada, atropellada, era un proyecto inacabado de perro. Era la más atropellada de todas, se le juntaban las ganas en sus patas y no las podía tener quietas: se metía en los bares, en los negocios, en las casas, en los bancos, donde quiera que uno fuera, la galga se metía con uno. La galga llegaba a las siete de la mañana, como el que llega borracho de pasarse de noches. Golpeando la puerta para entrar, parecía no haber dormido en toda la noche, que había andado errante buscando su alma en esta ciudad de almas perdidas. Uno le abría la puerta y se tiraba en un colchón que ella había adoptado de su propiedad, aunque estaba de uso para todos los perros, y podía dormir horas ahí, interminables horas en las que quizás soñaba con ríos, con lagos, con viejas manadas en sabanas, con las mejores comidas, con los mejores momentos de su vida; o quizás con vidas extrañas que quería habitar. La galga quería matar a mi gata, la corrió tres veces y mi gata las tres veces se salvó porque salió antes, pues desconfía hasta de su sombra, esos reflejos la sacaron de sus dientes y su final. La galga amagaba a atacar a las otras perras, sus amigas, vaya a saber uno por qué, pero últimamente, como quien se crece a sí mismo, lo había dejado de hacer. La galga era mucho tiempo para tan poco perro. La galga temía a la lluvia, con la primera gota salía desesperada como si eso fuese fuego. La galga temía a los truenos, y se metía en cualquier cosa que tuviera un techo, tanto es así que una vez pensé en regalarle un paraguas. La galga amaba comer, ya no era una galga de tan gorda que estaba. Sí, la galga era imperfecta, estaba hecha de las imperfecciones de las que está hecha la materia de la vida.

Sin embargo, la galga era la galga, una presencia constante. Por ejemplo, a la galga no se la podía saludar mientras estaba durmiendo porque se ponía nerviosa y te tiraba tarascones. Pero entendidos esos códigos y mirando más allá, uno encontraba otras cosas en nuestra galga. Por ahí la veía pasar con una pareja y un perrito como

si fuera de ellos, y ellos te decían que la galga siempre los acompañaba a pasear pues era amiga del perrito. De golpe, llegaba con un perro extraño, como quien trae un amigo nuevo a la banda, pues la galga era amiguera. Ahora que no está, buscándola me di cuenta que la galga tenía muchas casas y muchos perros amigos, a todos visitaba y con todos jugaba. Así que quizás la galga no era una sola galga, sino muchas galgas. La galga era mucha galga para tan poca vida. Pero los días más difíciles para mí, en que más triste estaba, más nervioso, más preocupado, o más pobre, era la galga la que me esperaba en la puerta y no se me despegaba de un lado, pues ella sabía de otra cosa, caminar exactamente al lado de una persona como un hermano. Los días más peligrosos, era la galga la que se ponía en la puerta a parar el peligro. Los días más complicados, siempre estaba la galga y se echaba a dormir en su colchón; en la vida no teníamos nada, pero teníamos la energía de la galga. La galga era mucha galga para tan poca vida.

Hace unos días la pisó un auto, no lo vi, solo lo supe. Estaba por dormir la siesta y escuché el golpe del choque y los aullidos. Al principio, muchos no me creían, pero con el correr de los días la galga no volvió a aparecer y era de venir todos los días. Así que, fue hecha la pisada y quizás no sabemos qué pasó, fue ella la que escapó corriendo, quién sabe a dónde con tremendo golpe. Tanto era la galga que ni siquiera tenemos foto de ella, pues no cabría en una foto, así que no podemos buscarla. No era nuestra, era del barrio, pero no era del barrio, era de muchos barrios, así que era de la ciudad.

Ahora esperamos galga que estés bien, y vuelvas algún día, aunque sea un ratito. Sé que pronto regresarás, como quien viene de un viaje.



La serpiente

Jorge André Toledo Palomeque

Lic. en Comunicación UCSG, 4º semestre

En devenires cíclicos,
sollozando y delirante en el ombligo de un eón,
aspirando el baile y cierto desenfreno,
presentado en un arreglo cubista:
mientras más ando
más me caigo a pedazos,
en cubos y esferas,
torpemente raspándome con el asfalto,
el mismo asfalto donde transitan todos los muertos.

PIROCROMO

26

#35 Viena Urbana

Todos los muertos, la gente,
amo a la gente,
los amo como amaría a un dios,
ellos son dios,
la divinidad nunca debió entenderse como algo trascendental,
ellos sujetan el universo con sus llantos y acelerados ritmos cardiacos,
parece permanecer en ellos
la reminiscencia del silencio absoluto,
ese que rodea las estrellas y compone la música.

Los veo junto a mí
en las faldas del vórtice de eterna redundancia,
volviendo a actuar sus milagros y la vez que el sol los volvió a sorprender.

Los veo en la calle, cruzando,
asumiendo inmortalidad,
creando estrategias para lastimar,
boceteando violencia, fragmentando versos,
aforismos perdidos en WhatsApp sobre la política de la liberación y
¡Guerra!

Los veo en la calle, avanzando,
dejando una red interconectada de tejidos muertos,
el urbanismo funciona entre
estelas invisibles de piel colgadas desde la atmósfera
desprendiendo información infinitesimal
casi inmaterial,
transparente,
soltando nuestro ser como una serpiente,
eterna serpiente ciega.

Según una escutelación mágica,
cada uno de nosotros
conformaríamos el patrón de escamas,
mi nombre sería solamente escudo dérmico
y presenciaria la vida obtusa,
sin periferia,
desvaneciente.

La gente, los muertos, el temblor del mundo,
yo soy ellos, observando el yo desnudo ante ellos,
ellos destripan sólo con su mirada al yo que contempla,
al yo que se oxigena por sus rabias y deseos,
por moléculas que incentivaban la poesía,
iones respondiendo traumas,
ritmos atómicos.



Y no PUDO PARAR De ORDENAR el mundo

Victoria Castañeda Lizalde

Antropóloga

Algo cobra sentido en la conciencia cuando podemos narrarlo. Una historia con inicio, nudo y desenlace nos da la sensación de un recorrido completo. Esto es lo que sucede en la plaza de las Tres Centurias, en Aguascalientes. Lo dice su nombre, que contiene tres siglos de historia convertidos en etapas de desarrollo ferroviario.

El inicio, el auge y la pausa. La necesidad de contar. Las locomotoras que llegaron apresuradas en el siglo XIX, y que trabajaron imparables durante el XX, ahora están detenidas. Pero el espíritu de la rapidez que se quedó en nuestra ciudad no ha parado de transformarse; ahora tenemos parques industriales, anillos de circunvalación y carreteras infinitas. La posibilidad de tránsito ininterrumpido que atraviesa nuestra tierra comenzó a articularse en lo que alguna vez fueron los Talleres Nacionales del Ferrocarril. Desde entonces, Aguascalientes se ha ganado la identidad de un estado pequeño y transitable, con el territorio dispuesto para lo veloz y lo momentáneo. Tal vez por eso es necesario que en las Tres Centurias exista un museo y que los recuerdos puedan volverse tangibles. En este lugar sucede de muchas formas: estatuas, vagones viejos, monumentos y, mi favorita, un mural que adorna la pared exterior de la plaza, sobre la avenida Gómez Morín. Para esta reflexión analizaré sus primeras tres imágenes.

Primero, el cosmos.

Ante él, un hombre desnudo, sentado sobre una piedra. Pensando. Clavado en la tierra como si fuera origen y castigo a la vez. Está desprovisto de artefactos frente al vacío. La tierra es árida y primitiva, ajena a su cuerpo. No pasa mucho tiempo antes de que aparezcan, como antagonistas, criaturas que muestran los colmillos, cercanas al instinto. Se traza la distancia entre lo que habita la tierra para sobrevivir y lo que puede transformarla para conquistar.

En la siguiente escena aparecen figuras humanas rodeando mamuts para cazarlos y alimentarse de ellos. Aquel hombre tiene ahora un grupo. Se organizan para actuar, aparece la estrategia, la intención, el trabajo colectivo y la domesticación del entorno. Al fondo, en lo más alto de un cerro, otra figura celebra la hazaña. Para llegar tuvo que obedecer las formas en que la tierra enseña a avanzar: subir, rodear, detenerse e insistir. Levanta los brazos y el cielo deja de ser paisaje, se convierte en un límite y un desafío. Desde el ascenso la mente ordena el mundo de otra manera, traza líneas, fragmenta lugares, controla, nombra y toma decisiones.

Pero lo vertical funda jerarquías. Desde ahí la mirada que ordena el mundo lo clasifica, ordena y domina. Si hay algo arriba, debe haber algo abajo. Entonces la pregunta inevitable es: ¿quién ocupa esa altura?, ¿de quién es el cuerpo que decide el orden de las cosas?

Siempre que paso por la avenida me detengo en estas escenas, porque representan la semilla del origen. La forma en que lo humano se impuso a lo natural y comenzamos a habitar el mundo. El mural tiene muchas otras imágenes, todas marcan el recorrido que nos trajo hasta aquí: una línea recta, definitiva y continua, como las vías del ferrocarril.

Las Tres Centurias es un lugar para recordar el peso de un tiempo que, durante los siglos XIX y XX, organizó el trabajo y la vida de los barrios en nuestra ciudad. Un tiempo fragmentado en tramos, mecánico, ordenado y funcional, organizado para que el transporte pueda circular sin detenerse.

Hoy en día, lo cotidiano y el espacio urbano permanecen adheridos a la misma lógica productiva: sus rutas, sus ritmos, sus maneras de transformar los materiales, el trabajo y la vida de los trabajadores. Pero el movimiento constante no es gratuito; produce valor pero exige territorio y recursos. Desde aquella conquista sobre la tierra, la riqueza no pudo hacer otra cosa más que aumentar sin detenerse. Parece que así lo decretó el hombre sin artefactos, que con su inteligencia enfrentó a las bestias y no pudo parar de ordenar el mundo.

Ahora, el lugar que lleva el nombre del agua, no puede encontrarla. En nuestro semidesierto, los recursos tienen tiempo reservándose para el desarrollo inmobiliario e industrial. Las lluvias son pocas

y es común escuchar noticias sobre la crisis de sobreexplotación del acuífero; el agua que no vemos, la que se filtra y se guarda lentamente en la tierra. Alguna vez el Río San Pedro tuvo la fuerza suficiente para dejar la marca de su paso sobre la tierra. Mi abuela cuenta historias de lo bonito que era antes de que se acabara. Hoy en día el agua ya no es parte del paisaje, se volvió mercancía y dejó de llegar a todos por igual.

Pensemos también en la reciente especulación inmobiliaria en torno al bosque de La Pona. El último tramo de terreno arbolado dentro de la mancha urbana, llamado también último pulmón de la ciudad. Me pregunto cómo va a respirar un lugar cuando su tierra por fin pueda ser asfixiada. Los mezquites, quietos, guardan humedad, sombra y lentitud, mucho pedir para los hombres que echaron a andar la historia.

Mientras lo urbano se expande, se reducen las formas en las que el suelo puede guardar agua. Todo se vuelve asfalto o resequedad. Pero el territorio sin suelo vivo es ideal para que lo atraviesen flujos continuos: tránsito, mercancías, expansión. Así es como lo ha ordenado una visión de la historia sostenida por el impulso de ir hacia adelante, siempre buscando conquistar, ocupar, dividir, utilizar. Una historia cartesiana donde se piensa y luego se existe, avanzando en línea recta y decidiendo en vertical, sin voltear a ver los ritmos de la tierra.

¿No sería más primigenio nacer, incluso antes que pensar? Parece obvio, pero en el mural no se toma en cuenta para narrar la historia de lo humano. Llegar a ser materia animada, atravesar un umbral para ser cuerpo; carne, criatura expulsada del vientre de una mujer. ¿No parece más un verdadero inicio?

Que la historia se eche a andar sin tomar esto en cuenta revela un sistema de pensamiento que privilegia el avance sobre el nacimiento, el orden sobre el cuerpo, la dirección sobre el origen. Un modo de narrar que comienza cuando la vida ya está erguida, separada de la tierra, lista para ocupar, nombrar y transformar. Encuentro en esta narrativa una manera de explicar lo que ocurre actualmente en Aguascalientes: nuestra ciudad avanza sin detenerse, asfixia el suelo, encauza el agua y despeja el camino para que todo pueda circular. Aunque claro, no se puede dudar del gran negocio que es la industria automotriz, ni de la rapidez con la que empresas extranjeras se construyen y comien-

zan a acaparar el agua de los municipios para poder generar empleos. Bien enmarcado en las Tres Centurias, el pensamiento del hombre sentado sobre la piedra nos ha llevado a un presente donde todo debe avanzar. Un tiempo organizado para no detenerse, que exige movimiento constante y deja poco espacio para la permanencia, el arraigo o el cuidado. Pero, a diferencia del nombre de la plaza, su historia no cumple con la estructura de tres actos de la que hablamos al principio: no tiene un inicio claro, su desarrollo se desborda en estructuras y jerarquías, y su final queda siempre aplazado.

Hay cosas que nacen, viven y mueren. No para desaparecer, sino para volver a entrar en el ritmo de la tierra. Lo que crece se desgasta, lo que se agota se transforma, lo que muere deja espacio. Pero esta lógica no tiene lugar en el tiempo que hemos heredado. La riqueza, con su hambre infinita, no puede permitirse descanso ni final; necesita prolongarse, acumularse, seguir ocupando espacio, incluso cuando ya no hay suelo, agua o cuerpo que sostenga ese avance. Tal vez por eso la historia que hemos contado hasta aquí no logra descansar. Desde el primer gesto silencioso del mural se instala una urgencia por imponer orden al mundo, y en ese impulso se pierde de vista algo esencial; la posibilidad del final, de la pausa, del regreso a lo que respira para escuchar las verdaderas necesidades del territorio.

El hombre ordena al mundo sin escucharlo. Las ciudades crecen cargadas de desigualdad y la conciencia se queda sin el consuelo de una historia que nos incluya; que preste atención, que nos beneficie a todos, y que se deje narrar con cosas que empiezan y terminan, que viven y mueren, no solo con lo que avanza sin detenerse.



Y no pudo parar de ordenar el mundo , Victoria Castañeda Lizalde



La ciudad de mi vida

Santiago Orozco Santana

Empleado

Hace algunos años —no muchos—, había un río que se alimentaba de un ojo de agua en Aguascalientes. Pasó el tiempo, y la ciudad creció desmedidamente. Hoy, entubado y enterrado, ese río fue convertido en una avenida que se niega a desaparecer cada vez que la lluvia busca su cauce y lo surca, llevándose consigo todo lo que no debe estar ahí: contenedores, basura, autos, gente... ¿Y si, en vez de esta avenida, tuviéramos un río grande, muy grande, más o menos del ancho de ocho carriles de autopista?

Una tarde de sábado cualquiera en Aguascalientes, año 2025, 16:00 horas, sale del trabajo al poniente de la ciudad, por fin, a descansar. No pretende ir a casa aún. Revisa la agenda de eventos en su móvil y recuerda el partido de béisbol en La Pona. Aún es temprano. Traza mentalmente el camino. Podría tomar el tranvía del Segundo Anillo, pero no lo deja tan cerca; rentar una bicicleta y hacer el recorrido al lado del río López Mateos le parece mejor idea, pues sabe que el calor no pega tanto por el sendero de huizaches y mezquites que bordean el río. Recuerda que, por ser época de feria, las lanchas surcan todo el río sin costo y que lo dejan mucho más cerca de La Pona.

Toma la lancha, se pone los audífonos y disfruta el paisaje arbolado. Pasa por el perímetro ferial. A lo lejos ve los puestos de antojitos alrededor de los juegos mecánicos, cubiertos por la Mega Velaria, ve la Plaza San Marcos, que ahora muestra orgullosa la exposición ganadera y vinícola del estado. Ve el Foro del Lago, lo que le recuerda que mañana toca su banda favorita y, de seguro, volverá a cruzar el río, pero en dirección contraria.

Volteando al otro lado, a lo lejos, alcanza a ver el campanario de la catedral, los arcos del Palacio Municipal —donde en algún momento hubo un tianguis llamado El Parián—, la cantidad de árboles le impide ver San Antonio, y se ponen más frondosos al llegar al Parque Hidalgo, en la Purísima.

PIROCROMIO

33

Vida Urbana #35

Ha llegado al embarcadero de Ojo Caliente. Ahí desciende y camina todo el malecón hasta llegar a los baños. Se da cuenta de que, aunque el sol está a plenitud, los árboles y el asfalto hidráulico absorben el calor; y el paseo le ha recobrado las energías que perdió durante la jornada. Además, el dulce de quiote cocido que venía comiendo le refrescó bastante.

Se ha dado cuenta de que es demasiado temprano y decide matar el tiempo sentado en el altépetl —el basamento escalonado que perteneció a alguna comunidad prehispánica—, que está dentro del parque de La Pona. Deja volar la imaginación. No duda ni por un momento que aquel mítico Aztlán bien pudo estar en este lugar.

El 25 de abril de 2025, una inmobiliaria pretendió destruir, a escondidas, una parte del predio de La Pona para construir una calle, aprovechando la distracción, ya que era el día de festejo del pueblo. Los vecinos lo impidieron. Una ciudad no se construye a escondidas: se planea, se hace en comunidad.



EL BARRIO como ciencia

Robert Abraham

Docente en Preparatoria Cuauhtémoc y Tecnológico Universitario, Aguascalientes

Mi barrio es una duda metódica
con justificaciones teóricas
que no concuerdan
con los datos del *dealer*.

En mi barrio la cumbia
es lo heliocéntrico de nuestras calles,
que giran alrededor de los santos.
Copérnico y Galileo no soportarían la vibra...
El cuete es la argumentación deductiva
y lo probabilístico de vivir,
el atraco es la investigación de campo
con encuestas y entrevistas breves como:
“Tumbate, mijo, tumbese lo que traiga”.

En mi barrio la mota es el surrealismo
respetando las leyes de Mendel,
allí somos la Ilustración y los dilemas kantianos,
allí somos la medicina homeopática y los baños en copal.

En mi barrio el *cogito* cartesiano es el Salmo 91
colgado de una pared baleada.
La jefa nos teje la teología al salir:
“¡Ay, que Dios te acompañe, mijo!”.
En mi barrio venimos de la mona y no del mono,
y ahí Charles Darwin se mamó...
Sabemos de la gravedad
por los Nikes Cortez en el cableado.
Sabemos del Big Bang
cada vez que truena el cohete.

PIROCROMIO

35

Vida Urbana #35

En mi barrio los amores
son jugadas de una baraja española,
apostando la hermenéutica del destino
que nunca deja de barajarse.
Deshojamos la hipótesis en una margarita:
Me quiere - No me quiere - Me quiere - No me quiere.
Cupido no soportaría la vibra...

En mi barrio los pepenadores
buscan la belleza de madrugada
entre los escombros del oscurantismo
donde duerme la cruda que se desprende de toda lógica.

En mi barrio no hay nada más científico
que las partículas de eyaculación
de dos anatomías correspondidas,
no hay nada más científico
que unos calzones haciendo fotosíntesis
sobre el tejado.



En mi barrio la geometría se explica en el graffiti,
el álgebra en ofertas del tianguis,
la física en una Italika haciendo caballito
y la química en el vicio.

En mi barrio la balacera suena como los gritos de Álex Lora
y la tristeza suena como Paquita la del Barrio.
Si hace calorcito
decimos que es un temazcal,
y si hace frío
decimos que la cruda nos está pegando.

Mi barrio sigue caminando
aunque no hayan banquetas
pero le sobran los baches...
aunque no haya varo
pero le sobra el amor...

WHAT'S HAPPENING, PEOPLE?
WELCOME TO THE BARRIO HOMEY: BROWN AND PROUD.
AT THE END OF THE DAY,
THE BARRIO IS SCIENCE...



Los dos monjes que no hablaban

Alejandro Miguel

Periodista y Escritor

Había dos monjes, uno no hablaba y el otro trataba de romper el silencio, pero no se animaba, así que tampoco hablaba. El que no hablaba era por dentro como un estanque de agua calma: nada lo perturbaba y no hablaba. Al que trataba de romper el silencio lo perturbaba la situación y, adentro de su ser, las olas de la conciencia se rompían contra las rocas de su actitud. Pero no hablaba. El que no hablaba estaba tranquilo, el otro que trataba de romper el silencio estaba nervioso. En medio de los dos había un espacio, en el espacio vacío había silencio, pues nada se escuchaba en medio de la noche mientras miraban las plantas. De golpe, la energía del que no hablaba, pero era un estanque de aguas claras, fue llegando al que hablaba, pero su energía eran aludes descendiendo de montañas. Lo empezaron a empujar fuera de sí, lo empezaron a invadir, pues después de mucho tiempo de no hablar hasta el que quiere hablar ya no lo desea. De a poco, las aguas mansas del que callaba con tranquilidad le fueron inundando los pies al que se desbarrancaba en sus deseos de sacar algún significado por la boca, de a poco, la mansedad de esa agua que tenía adentro el que no hablaba, donde se podía oler el perfume de las flores calladas que rodeaban ese estanque que era su mente, le fue llegando a las rodillas. Ya no era una palabra a punto de arrojarle de las montañas calladas para romper el silencio, sino que era algo extraño, entre una cosa y otra. De a poco, las aguas cristalinas que no ocultaban nada, decían del que no hablaba que ya le llegaba al cielo al que las palabras se le agarrotaban en la lengua y la garganta, y era un mar embravecido que quería barrer al otro como un tsunami de un montón de cosas que podrían ser calladas. Pasaron muchos días así, los dos callados, los dos sentados. Hasta que el segundo monje que trataba de romper el silencio ya no hablaba, era un estanque de aguas mansas, claras y calladas.

ÍNDICE

DE IMÁGENES



Y no pudo parar de ordenar el mundo
Victoria Castañeda Lizalde

32



Y no pudo parar de ordenar el mundo
Victoria Castañeda Lizalde

32



Manual para el usuario
Mr. Pulp

21



Y no pudo parar de ordenar el mundo
Victoria Castañeda Lizalde

32



¡Síguenos en nuestras redes sociales para
conocer la próxima convocatoria!



INSTAGRAM
@revistapirocromo



TIKTOK
@revistapirocromo



FACEBOOK
@pirocromo